

Espacio y poder en el sistema mundo

Angel P. Tello

Describir el sistema mundo actual y su probable evolución no es tarea fácil si partimos de considerar que hoy predomina la incertidumbre política, sustrato ésta de la incertidumbre estratégica.

La bipolaridad existente entre 1949 y 1991 le ahorró a buena parte de los actores del sistema una explicación muy elaborada acerca de lo que ocurría y la distribución del poder, bastaba referirse a un centro para diferenciarse del otro. Era un mundo de certezas, tanto ideológicas, como políticas y estratégicas.

Todo cambió a partir de la desaparición de la Unión Soviética que marcó la entrada a un período de incertidumbre el cual, para su correcta lectura y comprensión, requiere el auxilio metodológico de la teoría del caos de la mecánica cuántica y la dialéctica de Hegel.

Karl Popper observaba que "...el sentido común tiende a afirmar que todo acontecimiento es producido por otro acontecimiento, de manera tal que un acontecimiento puede ser previsto o explicado. También el sentido común le asigna a los hombres libres la capacidad de elegir entre diferentes caminos de acción". Esto que William James denominaría "dilema del determinismo", juega la relación de los humanos con el mundo y con el tiempo, entendiendo que no somos los humanos los responsables de la diferencia entre pasado y futuro, que la flecha del tiempo no es fenomenológica, y que el universo, como las sociedades humanas, no está dado sino en perpetua construcción y progresión.

En el sentido planteado es imprescindible descartar cualquier dogmatismo o conjunto de ideas acabadas o cerradas. Por aquello de Hegel de que "...el movimiento es lo que permanece de la desaparición".

El estudio de las relaciones internacionales, como su nombre lo indica, toma como sujeto de análisis a los estados-nación, siendo la Organización de las Naciones Unidas la expresión jurídica de las mismas.

El concepto de sistema mundo parte del estudio global de las relaciones de poder e incorpora un conjunto de actores que, sin referirse necesariamente a un estado-nación determinado, influyen sobre el sistema. Por ejemplo, las empresas transnacionales, las finanzas, grupos religiosos, grupos terroristas, etc.. El sistema mundo entonces se basa en interacciones, y la consideración de las mismas a partir de la disputa por el poder será el objeto del asunto a desarrollar en este trabajo.

La interacción como unidad de análisis se fundamenta en elementos geohistóricos que estudian la evolución de los sistemas espaciales. Los factores tecnológicos, y primordialmente los culturales, resultan importantes en el análisis del sistema mundo actual. Raymond Aron tenía razón cuando decía que "...las máquinas no hacen la historia aunque ayudan a que los hombres la hagan".

El curso del pensamiento condujo a Hegel a reconocer el concepto de fuerza como la verdad de la percepción: "...la cosa y sus propiedades no es la cosa con sus propiedades, sino más bien la fuerza y el juego de las fuerzas". De acuerdo a esta idea, el punto de vista del átomo, o la descomposición de una cosa en muchas cosas, no es suficiente para entender qué es propiamente la realidad, pues el percibir no sabe penetrar más allá de lo exterior, dado que se perciben propiedades y cosas que tienen propiedades. En consecuencia, lo que está detrás de estas propiedades es el juego de fuerzas que ejercen relación recíproca entre sí, afirmando de esta manera la contradicción como base del movimiento.

Partiendo de este enfoque filosófico, es que resulta importante en estas épocas el estudio del sistema mundo para reconstruir procesos

más que esquemas terminados o cerrados, con una dinámica que preste particular atención a los cambios y a las fuerzas que producen los mismos. El análisis del sistema mundo recupera la investigación de los fenómenos de poder a escala global.

El sistema mundo actual está caracterizado por el hecho de que la totalidad de las tierras emergentes está sometida a alguna jurisdicción. El mundo se encuentra parcelizado, desde esta óptica es un sistema cerrado, con balances netos nulos y que bien puede concebirse como un juego interno de suma cero.

De aquí surgen entonces dos temas esenciales para comprender el movimiento de este sistema mundo: el juego del poder y las fuerzas, por un lado; los escenarios y actores por el otro.

El Poder

Raymond Aron observaba que "...la gloria se comparte, el poder no". Michel Foucault, en sus célebres conferencias en el Collège de France, cuando describe qué es el poder, dice: "Contamos, en primer lugar, con la afirmación de que el poder no se da, ni se intercambia, ni se retoma, sino que se ejerce y sólo existe en acto. Contamos, igualmente, con otra afirmación: la de que el poder no es, en primer término, mantenimiento y prórroga de las relaciones económicas, sino, primariamente, una relación de fuerza en sí misma" (1)

Discutir el poder en el mundo actual excede el propósito de este trabajo. Pretendemos acercar puntos de vista acerca de la esencia del mismo, para entender cómo éste se manifiesta en el sistema mundo de estos tiempos, atendiendo a una de las configuraciones posibles a concretarse, como es la configuración imperial. Partiendo de la base, para esta discusión, de la dinámica de las relaciones de fuerzas y el análisis dialéctico y no dogmático de las mismas.

El proceso en curso, que se ha dado en llamar globalización, se aceleró a partir de la desaparición de la Unión Soviética en 1991 que, como ya fue dicho, instaló la incertidumbre reemplazando a las certezas de la bipolaridad. Este proceso ha generado un incremento de la riqueza a escala global, pero también agravó considerablemente la distribución desigual de la misma, concentrando enormes cantidades de beneficios en pocas manos y sumiendo a miles de millones de individuos en la pobreza más aberrante, al mismo tiempo que se les priva de la esperanza de un futuro mejor. Esta situación, cuyos índices más dramáticos se encuentra en los países en vías de desarrollo, afecta también a los países centrales, que no están exentos de su propio "tercer mundo" en torno a las grandes concentraciones urbanas tal como ha podido observarse en París, Londres, Nueva York o Nueva Orleans después del Katrina. El discutido "choque de las civilizaciones" de Samuel Huntington en su apreciación geopolítica, queda así desmentido desde el momento en que aparece un tercer mundo en el primero, y un primero en el tercero.

Globalización que instaló, además, el sálvese quien pueda y el individualismo como metas finales de la vida, sin objetivos trascendentes para las personas y, de esta manera, quebrando lazos comunitarios, ancestrales en muchos casos, a través del "fundamentalismo del mercado" y del "discurso único" como sustrato ideológico de estas políticas.

Globalización a la que muchos caracterizan "sin rostro", como el proceso mismo, que tiene, en verdad, mucho de inercia propia, pero en su devenir cotidiano nos muestra cómo la misma beneficia a determinados actores del sistema en perjuicio de otros, y cómo estos "ganadores" emplean la fuerza para no perder las posiciones logradas. Con razón, Maquiavelo decía: "El oro no sirve para tener buenas tropas, pero buenas tropas sirven para tener oro". (2)

Una pregunta que aquí se impone es acerca de cuál es el papel de la violencia en las transformaciones del mundo contemporáneo.

La globalización ha hecho del sistema internacional uno, unificado, el que a su vez se decompone en subsistemas que interactúan dialécticamente entre sí y con el conjunto. Por otro lado, la globalización presenta como uno de sus componentes fundamentales al sistema financiero internacional, sistema que en su desarrollo cuenta con dinámica propia y que, se calcula, mueve diariamente en las bolsas y mercados de cambio del mundo más de dos billones de dólares norteamericanos, de los cuales sólo el 4% corresponde a transacciones vinculadas a la producción real, siendo el resto especulación pura. Esto le otorga a este mecanismo un potencial desestabilizador notable sobre las economías nacionales, tal como fue el caso de Japón en 1998.

A los flujos financieros debemos agregar los flujos de las comunicaciones, el transporte, comercio, etc., sin soslayar lo que podríamos denominar "flujos militares", compuestos por la capacidad de proyección de fuerzas, la logística y los servicios de inteligencia. Formas, todas ellas, que no son nuevas, pero que adquirieron en años recientes un volumen e importancia sin precedentes en la historia.

Manuel Castells en su trabajo "El surgimiento de la sociedad de redes" (3) dice: "Espacio y tiempo son las dimensiones materiales fundamentales de la vida humana", para agregar luego: "Tanto el espacio como el tiempo han sido transformados bajo el efecto combinado del paradigma de la tecnología de la información y de las formas y procesos sociales inducidos por el proceso actual de cambio histórico".

También Francis Fukuyama en su célebre "fin de la historia" consideró, a inicios de los noventa, que la caída del comunismo y las ideologías según él, conducirían a la humanidad por una dirección más pacífica, exenta de los conflictos tradicionales y dedicada principal-

mente al progreso de la ciencia y de la técnica. Idea que parte de una base fundamental que es la de la paz eterna a partir de un modo de producción dominante, capitalista, en el caso de este investigador de Harvard, o comunista, para los marxistas.

Estos puntos de vista, elemento central del pensamiento único de la globalización, se adscriben a las antiguas concepciones de la física clásica que consideraban al universo como algo terminado a partir de determinadas formulaciones vinculadas al desarrollo del conocimiento humano en una etapa histórica. Concepciones que se han revelado como limitadas desde los aportes efectuados por la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica.

Desde un enfoque más filosófico, o quizás psicológico, el interrogante sin una respuesta hasta hoy convincente es por qué los humanos necesitan en todos los casos encontrar respuestas y certezas a sus angustias, cuando lo que predomina en el universo y en el mundo es la incertidumbre y el movimiento. En este aspecto tan trascendente e importante para definir el rol del hombre en el sistema mundo, la dialéctica finito-infinito de Hegel ofrece una respuesta satisfactoria. Rabindranath Tagore decía que "el hombre se defiende de ser un objeto impotente en el Universo", criticando, de alguna manera, la tendencia de los occidentales, muy visible desde la Ilustración, a encontrar explicaciones cerradas y completas a todo con una profesión de fe determinista.

Uno de los postulados fundamentales del pensamiento único en este sistema mundo globalizado es aquél que señala la inutilidad del Estado-nación para promover el desarrollo económico al impedir, se estima, la libre circulación de los flujos y la expansión del mercado urbi et orbe. Estado-nación cuya construcción es la expresión fundamental del hecho comunitario a partir de una entidad definida y su componente o base espacial. No se equivoca Castells cuando observa el rol

primordial del espacio y el tiempo como elementos centrales en la vida humana.

A causa de los flujos de todo tipo que hoy circulan velozmente en el sistema mundo: financieros, comerciales, comunicacionales, empresariales y militares, se ha visto debilitado el Estado como actor central, al menos en los países periféricos, al revelarse impotente para controlar estos flujos y hacer que los mismos sirvan al bien común y al interés general.

Es curioso comprobar cómo, en aquellos países desde los cuales se emiten los mensajes hegemónicos acerca de la subsidiariedad del estado -el ya mencionado discurso único- y que en todos los casos son naciones altamente desarrolladas, el Estado se fortalece y se afirman cada vez más los intereses nacionales: el ejemplo de los Estados Unidos resulta bien demostrativo para este caso. Aquí, el Estado actúa también, o pretende hacerlo, como factor de orden externo en un mundo cada vez más desordenado y sin perspectivas implícitas de orden, al menos por ahora.

También los estados ven reducido su margen de maniobra cuando se conforman instancias de integración regional, cuyo fin es acumular fuerzas para disputar poder en mejores condiciones en un mundo globalizado y altamente competitivo. Las megalópolis, por otro lado, con creciente poder económico y capacidad comercial, empiezan a relacionarse con otras regiones del mundo pasando, en muchos casos, por encima de los estados nacionales y en otros reclamando lisa y llanamente mayores cuotas de autonomía.

Producto de esta nueva situación es que actúan cada vez con más fuerza en el sistema mundo entidades financieras o empresariales que han adquirido una enorme capacidad para modificar, para peor o mejor, la vida de miles de millones de seres, pero carecen de legitimidad de origen: nadie los eligió para ello. Tienen poder, pero no legitimidad. Por otro lado, aquellos individuos que en los países tienen

legitimidad de origen porque la sociedad los ha elegido para conducir su destino, carecen de poder. Esto es lo que ha llevado al debilitamiento y desprestigio de la política como expresión del hecho colectivo, en un mundo en el cual lo individual es lo esencial y la consideración del interés nacional aparece como una rémora del pasado. Sin embargo la antítesis a todo esto existe y a ella nos referiremos más adelante.

El debilitamiento señalado del Estado genera una cantidad de desórdenes y libera fuerzas opuestas en el sistema mundo que carecen de una contención adecuada como se vio durante el período de la bipolaridad. Terrorismo, narcotráfico, crimen organizado, tráfico de armas, etc., catalogados como “nuevas amenazas” por los centros de poder mundial, no surgieron de la noche a la mañana sino que se han potenciado a partir del debilitamiento de las necesarias instancias políticas de contención. En realidad, más que hablar de “nuevas” amenazas, sería más adecuado considerar al debilitamiento del Estado como el gran riesgo que habilita el accionar de estos perturbadores.

También, esta ausencia de construcción política no ha sido reemplazada por una instancia superadora que unifique a la humanidad según la idea que alguna vez formuló Immanuel Kant de un “estado universal”. Aunque la ONU tiene como propósito avanzar en la dirección señalada, a través de un ordenamiento jurídico adecuado, consensuado y respetado por la totalidad de los actores del sistema mundo, la realidad cruel de éste muestra cada vez más el imperio de la fuerza y de las relaciones de fuerzas para representar intereses particulares.

Los seres humanos, desde los tiempos más remotos, nos hemos identificado con un espacio, construimos una identidad y desarrollamos sistemas de creencias y valores que han permitido la conformación de una comunidad. El Estado, en algunos casos, resultó la expresión política y administrativa de una nación preexistente, en otros casos el Estado fue anterior a la Nación, plateándose como tarea cen-

tral la construcción de la misma: tal es el caso de la República Argentina.

El sistema mundo globalizado, con los flujos que lo atraviesan y actúan cotidianamente sobre las diferentes comunidades, es percibido por muchas de ellas como una amenaza que pesa sobre creencias y culturas ancestrales que, a lo largo de la historia, han ido conformando identidades particulares. Este sistema percibe como una agresión intolerable cualquier intento que se haga de fijarle límites o barreras y va más allá, inclusive, amenazando con el uso de la fuerza económica o militar a aquél que ose enfrentarlo. De esta forma, la demonización que en otros tiempos se hizo del comunismo hoy es reemplazada en su objeto por el populismo, el terrorismo y el "eje del mal", nuevos íconos maléficos del sistema de poder globalizado. La percepción que se ha instalado en los centros del poder es que la política cierra, mientras que la economía abre, cuando lo que en realidad ocurre es que la economía concentra.

La pregunta que surge entonces, y casi naturalmente del escenario hasta aquí descrito es: ¿cuál es la configuración de poder que se corresponde con este sistema mundo?.

Los estudios clásicos de la ciencia política indican dos tipos de construcción imperial a lo largo de la historia: los imperios depredadores y los imperios logísticos. Los primeros basados en el control del territorio, recursos y población, tuvieron como exponentes, entre otros, a Summer y Akkad en la antigüedad, españoles y franceses en tiempos más próximos. Los segundos, conectados sobre los flujos, toman como modelo al Imperio Británico en el siglo XIX. Es necesario sin embargo destacar que estas construcciones no son totalmente puras y que en casi todos los casos aparecen mezcladas, predominando una postura sobre la otra, tal como fue el caso de la dominación inglesa sobre la India cuando el objetivo central de Londres era el control de los mares.

En el sistema mundo moderno, atravesado por flujos y estructurado en redes, una construcción imperial de tipo logístico se impondría más sobre otra depredadora.

Los Estados Unidos responden hoy a esta variante operando principalmente sobre los flujos pero asumiendo, en algunos casos, posturas francamente depredadoras como es el caso de las invasiones a Irak y Afganistán y la instalación de bases o facilidades militares en las repúblicas centrales asiáticas ex soviéticas.

Pero volviendo a la pregunta anteriormente formulada es necesario investigar, aunque sea de manera especulativa, qué objetivos se persiguen con esta nueva configuración del poder en el actual sistema mundo.

En primer lugar se trata de conservar la superioridad que da una cierta preeminencia económica con los beneficios de ello derivados. Para este propósito, el control de las fuentes de energía constituye un elemento central, también el monopolio de la moneda –el dólar estadounidense en este caso- como patrón de cambios y reservas. El dinamismo científico tecnológico no está ausente en esta carrera y un dato a tener en cuenta es el papel que el desarrollo de la industria de armamentos tiene como generador de nuevos adelantos y procesos. Paul Kennedy, en su libro "Auge y caída de las grandes potencias", señala que los norteamericanos deberán resignarse a ser los número uno en el mundo pero no los únicos, tal como hoy está planteado.

En segundo lugar debe considerarse la importancia que tiene para los EE UU la emergencia de China como futuro competidor de seguir creciendo el gigante asiático al ritmo que hoy exhibe. Washington trabaja sobre dos ideas: un mundo desestructurado para frenar el surgimiento de rivales de talla, pero no tan desestructurado que le impida relanzar sus opciones estratégicas.

En tercer lugar se debe ofrecer una perspectiva superadora que vaya en la dirección del bienestar, el crecimiento económico y social y la

libertad de los pueblos. La Pax romana en la antigüedad se apoyó en dos siglos de relativa tranquilidad para el mundo mediterráneo, lo que facilitó un considerable desarrollo de las diversas comunidades que eran parte del Imperio.

Por último, aunque la lista podría ser más extensa pero a los fines de este trabajo la cerramos aquí, es necesario ofrecer un conjunto de valores universales que sustituyan a los valores locales, para lo cual se enarbolan las consignas de democracia, derechos humanos y economía de mercado; cuando la dura realidad está mostrando que, en la práctica, se trata de mercado, mercado y más mercado. La situación actual en Irak deja al descubierto las intenciones reales de Londres y Washington; no solamente la democracia no existe en este país, sino que han destruido una sociedad que se encuentra al borde de la guerra civil, avasallaron reliquias históricas, violan los derechos humanos, abrieron el territorio a grupos terroristas, pretenden quedarse con el petróleo y rompieron el equilibrio geoestratégico facilitando el ascenso de Siria e Irán como actores principales en la región.

La antigua Roma pudo consolidar su poder porque, entre otros aspectos, legitimó la figura del Emperador como enviado divino, creencia entronizada en el pueblo hasta la emergencia con fuerza del cristianismo. La figura de Jesús destruyó la divinidad del Emperador, quitándole legitimidad, y facilitó la decadencia del Imperio Romano. Un interrogante que se plantea en nuestros tiempos es si el islam no jugará un rol similar al de los antiguos cristianos frente al imperio norteamericano.

Roma, además, organizó a las legiones en *limitanei* y *ripenses*, tropas de frontera y de ribera, respectivamente, cuya misión principal era contener a los bárbaros en los confines del Imperio. También estaban los *comitatenses*, especie de legiones móviles basadas en la caballería, capaces de intervenir rápidamente en cualquier lugar del

Imperio si las condiciones así lo exigían. Estas últimas bien podrían compararse hoy con las fuerzas de despliegue rápido que facilitan la proyección del poder. La configuración de fuerzas actual de los Estados Unidos toma mucho del diseño romano, con fuerzas preposicionadas en bases fijas (Irak, Afganistán, Asia Central) y unidades de rápido desplazamiento que pueden trasladarse a cualquier lugar del mundo en poco tiempo. Resulta importante destacar que la propuesta de Washington para los sistemas defensivos de los países periféricos es que los mismos se ocupen centralmente de la seguridad interna de cada país, sea narcotráfico o terrorismo, reservándose ellos la potestad de intervenir cuando sea necesario. Podemos observar entonces que a las fuerzas armadas del subdesarrollo le asignan el rol de *limitanei* y *ripenses* del imperio para contener a los bárbaros del mundo moderno.

En el documento "Seguridad nacional: la estrategia de los Estados Unidos", de setiembre de 2002, el presidente George W. Bush le comunica al Congreso "la presencia de fuerzas norteamericanas en el extranjero es uno de los símbolos más fuerte del compromiso de los Estados Unidos con sus aliados y amigos. Para afrontar las incertidumbres y conducir bien las diferentes misiones que nos esperan, EE UU necesitará bases y acantonamientos en Europa occidental, en el noreste de Asia y más allá; también necesitará negociar acuerdos de acceso temporario para el despliegue de sus tropas en lugares distantes".

Tres anillos concéntricos configurarían hoy, de acuerdo a algunos analistas, el sistema mundo desde un enfoque político y económico. El primero, central, conformado por las democracias desarrolladas, Estados Unidos, Europa y Japón. En este anillo que cubre gran parte del hemisferio norte, se realiza el 98% de la información financiera y se define el espacio geoestratégico. El segundo, integrado por democracias emergentes en América Latina y Sudáfrica. El tercero, al decir

de los propios estadounidenses, apila a los “bárbaros” que acechan al centro. En este esquema no queda clara la ubicación de China que bien apunta a transformarse en la gran potencia del siglo XXI.

Nicholas John Spykman, inventor del “Rimland” y la “isla mundial”, rescatando la importancia de la geografía en la definición de la política exterior de los estados, decía: “El territorio de un Estado es la base a partir de la cual éste opera en tiempos de guerra, y la posición estratégica que él ocupa durante ese armisticio temporario que se denomina paz. La geografía es el factor más importante y fundamental de la política exterior de un Estado porque es el más permanente” (4).

Desde que el sistema mundo se estructuró en flujos y redes, apareció una corriente del pensamiento que subestima el rol del territorio en el establecimiento de políticas y visiones de estados y comunidades, como si los humanos, que han nacido, crecido y fallecido vinculados a la tierra, o a un espacio determinado, pueden borrar en poco tiempo una historia de decenas de miles de años. Estas ideas influyen en gran medida lo que en EE UU se denomina la “revolución en los asuntos militares” colocando un énfasis particular en los medios tecnológicos para encarar las guerras del futuro y subestimando el componente humano, esencial en cualquier enfrentamiento armado; tal como se está viendo actualmente en Medio Oriente. Estos puntos de vista que recuperan las tradiciones más caras del pensamiento estratégico norteamericano, le han imposibilitado a la primera potencia la comprensión de culturas y creencias diversas, así como la elaboración de políticas adecuadas a fin de obtener una paz duradera.

Según el Contralmirante Olivier Sevaistre (5) “El principal mérito de Spykman es el haber insistido sobre aquello que Mackinder llamaba *la media luna interior* que él ha rebautizado Rimland en su obra póstuma *Geography of the Peace*. El vio tres partes: zona costera europea, Medio Oriente, Asia de los monzones. Esta región, intermediaria entre

entre el Heartland y los mares marginales, mira a la vez hacia la costa y hacia el interior. Ella debe poder defenderse simultáneamente en la tierra y en el mar: *Su naturaleza anfibia es el fundamento de sus problemas de defensa*".

En esta zona del mundo hoy se está decidiendo el futuro de la humanidad. Los Estados Unidos, recuperando en cierta medida los enunciados de Spykman, definen un Rimland que abarca Medio Oriente, Asia Central, el Océano Indico, Corea del Sur, Japón y Taiwán. El objetivo de esta política es controlar las fuentes de petróleo y gas que abundan en el mundo árabo islámico y también rodear a China que, como ya ha sido señalado, es percibida como el gran rival de las próximas décadas. Con las invasiones a Irak y Afganistán, Washington ha penetrado en una región del mundo que históricamente fue el punto de convergencia de las civilizaciones islámica, hindú, china y eslava, reeditando, si así se puede considerar, aquél "gran juego" que en el siglo XIX enfrentó a rusos y británicos en este mismo escenario. Los norteamericanos se encuentran comprometidos hoy en un área que contiene, además de ellos mismos, a Rusia, India, China, Paquistán, Israel, Corea del Norte e ¿Irán?, como potencias dotadas de armas atómicas.

La nueva realidad del sistema mundo explica en parte la inestabilidad creciente. Lamentablemente, el actual sistema mundo tiende cada vez más a ser regido por la fuerza y menos por la ley o la norma.

En otra parte de este trabajo se señaló la importancia creciente que en este sistema han adquirido las empresas transnacionales y el sistema financiero internacional, actores económicos desterritorializados, que actúan por encima de las soberanías estatales constituyendo verdaderos centros de planeamiento vertical y horizontal. Estos agrupamientos, que guardan una referencia esencial con las grandes potencias pero que conservan cierto margen de autonomía frente a las mismas, constituyen un factor adicional de inestabilidad pues no ac-

túan a partir del interés general sino a partir de intereses particulares. Uno de los aspectos, no menor, a considerar en el sistema actual, es la proliferación de ejércitos privados –segunda fuerza en Irak detrás de los EE UU- que no se encuadran en las normas jurídicas internacionales del derecho de la guerra y que constituyen verdaderas bandas mercenarias similares a las que se conocieron en la Edad Media. Empresas transnacionales más ejércitos privados, le quitan a los estados un atributo esencial como es el del ejercicio del monopolio de la fuerza en un contexto de organización territorial coherente e introducen un elemento mayor de inestabilidad.

Otra pregunta que se impone es ¿cuál es el factor de construcción de identidad en este sistema mundo caótico y complejo?. Pregunta a la cual intentaremos dar una respuesta parcial dada la magnitud, complejidad y extensión del problema.

La política y la economía deben estar siempre al servicio del hombre y no la inversa, si se desea vivir en un mundo pacífico y estable. Por ello, desde nuestro punto de vista, el hombre, el ser humano, sigue siendo el actor central, el alfa y omega de todas las cosas, más allá de la tecnología o las máquinas que se utilicen para mejorar su calidad de vida o exterminarlo. “El hombre decide en todo”, observaba Mao Tsetung recogiendo una idea central del pensamiento universal.

Si en un esquema dialéctico ubicamos en la tesis al sistema globalizado, en los términos hasta aquí señalados, bien podríamos afirmar que a esta tesis, que define un “ser social” en los términos del marxismo, se le opone la conciencia mundial de la antítesis sin poder prever hoy en qué nueva síntesis será resuelta la contradicción planteada.

La antítesis se conforma hoy a partir de los factores de construcción de identidad. A través de la búsqueda de nuevas formas de cohesión social y comunitaria que le den un sentido a la vida humana y colo-

quen al hombre como centro, permitiendo su crecimiento en paz y armonía.

Las religiones, los nacionalismos, particularismos, etc. son parte de esta gran corriente, desordenada, a veces irracional y violenta, que busca recuperar identidades ante un sistema que las avasalla con el fin de dominar las conciencias y transformar a los humanos en consumidores pasivos de objetos.

Por ello algunos investigadores y estudiosos comparan a esta época con la Edad Media, a la que ven más parecida a la realidad actual que el Imperio Romano. Desde nuestro punto de vista, la configuración de poder del sistema mundo contemporáneo tiene un poco de las dos cosas, con una diferencia no menor: en la Edad Media el Papa, no siempre de manera imparcial, era respetado como autoridad espiritual. Hoy ni eso nos queda.